

Los «Niños salvajes» y la medicalización de la deficiencia mental ¹

No cabe duda de que el especial interés que los médicos ilustrados y románticos demostraron por los niños deficientes tenía su origen, al menos en muy buena medida, en las observaciones —con sus ulteriores debates— de «niños salvajes» o «niños lobo»; esto es, infantes que, habiendo permanecido al margen del proceso humano de socialización, vivieron en soledad o atendidos, a lo sumo, por algún animal ². Entre los más conocidos —Kaspar Hauser ³, el niño oso de Lituania, Amala y Kamala ⁴, etc.—, el más célebre y mejor estudiado fue, sin duda, un muchacho encontrado a la edad de once años en los bosques de La Caune, en la región francesa del Aveyron, en 1799 ⁵.

El descubrimiento del *sauvage de l'Aveyron* suscitó inmediatamente el interés de tres instituciones científicas de la Francia post-revolucionaria: la Société des Observateurs de l'Homme, el Hospicio de Bicêtre y la Escuela para la reeducación de niños sordomudos de París. No en vano, el estudio de este espécimen humano ofrecía la posibilidad a los *savants* de profundizar sobre algunos tópicos fundamentales de las nascentes ciencias del hombre: el origen de las ideas y su vínculo con las sensaciones, la adquisición del lenguaje, el desarrollo de las facultades mentales, la rela-

¹ Trabajo realizado en el marco del Proyecto de Investigación núm. PB 94-0060, financiado por la DGICYT.

² Véase L. MALSON, *Les enfants sauvages: Mithe et réalité* (Paris: Union Générale d'Éditions, 1964)

³ Existen estudios muy tempranos sobre este caso, así E. E. EVANS, *The story of Kaspar Hauser from authentic records* (Londres: S-Swam, 1892). Resulta de interés la biografía novelada de J. WASSERMANN, *Gaspard Hauser ou la paresse du coeur* (Paris: Club Français du livre, 1952). El original en alemán es de 1947.

⁴ J. A. L. SINGH y R. M. ZINGG, *Wolf children and feral man* (N. York: Harper, 1942).

⁵ Existe una amplia bibliografía sobre este caso, así como, en general, sobre los llamados «niños selváticos». Referidos específicamente a Victor de l'Aveyron, son destacables R. FARENG, «La sauvage de l'Aveyron», *Revue du Rouergue* (octubre-diciembre 1959), pp. 402-417; T. GINESTE, *Victor de l'Aveyron, dernier-enfant sauvage, premier enfant fou* (Paris: Le Sycomore, 1981). También H. LANE, *The Wild Boy of Aveyron* (Londres: G. Allen & Unwin, 1977).

ción entre necesidad y costumbre y reflejo psíquico, etc. Pero además, el pequeño *sauvage* podía encarnar, según el prejuicio del observador, desde el hombre natural rousseauiano, aun no contaminado por la civilización, hasta un simple débil mental, sin contar con la atractiva posibilidad de haber encontrado, en el mundo real, la famosa estatua de Condillac (1715-1780) con sus sentidos aun no despiertos ante los estímulos del mundo exterior.

La historia del *sauvage de l'Aveyron* suscitó, en efecto, un intenso debate científico y filosófico en el seno de la sociedad y de la medicina francesa; el ensayo médico-pegagógico que el otólogo Jean Marc Gaspar Itard (1774-1838) llevó a cabo con el muchacho constituyó, además, punto de referencia ineludible de cualquier reflexión sobre los niños deficientes a lo largo del siglo XIX. Todo ello sin contar con la fascinación que el caso ha seguido ejerciendo, muchos años más tarde, entre autores de los más diversos ámbitos, desde cineastas como François Truffaut (1932-1984)⁶, hasta escritores como Rafael Sánchez Ferlosio⁷. Mi intención en las páginas que siguen es analizar los puntos de vista que se suscitaron a propósito del mencionado niño selvático, centrándome en la parte más doctrinal del discurso y obviando, en la medida de lo posible, tanto los detalles de su peripecia personal, como los aspectos técnicos aplicados a su educación y rehabilitación.

ENTRE EL DEFICIENTE MENTAL Y EL BUEN SALVAJE: ¿EL HOMBRE EN ESTADO NATURAL?

La primera observación científica del llamado salvaje de l'Aveyron fue realizada en el hospital de Rodez y se debe al naturalista Pierre Joseph Bonnaterre (1752-1804). Para este autor, el niño «no carece por completo de inteligencia ni de capacidad de reflexionar y razonar», aunque específica que «en toda otra circunstancia que no se relacione con la satisfacción de sus necesidades naturales o su apetito, no manifiesta sino funciones puramente animales»⁸. Deja abierta la posibilidad de una evolución

⁶ En 1969, dirigió y protagonizó el film *L'enfant sauvage*.

⁷ Son de gran interés los comentarios que Rafael Sánchez Ferlosio hace a su propia traducción de J. ITARD, *Victor de l'Aveyron* (Madrid: Alianza, 1982)

⁸ P. J. BONNATERRE, *Notice historique sur le Sauvage de l'Aveyron et sur quelques autres individus qui ont été trouvés dans les forêts en de différentes époques* (Paris: Panckoucke, an VIII-1800). Es, asimismo, autor de una *Flore de l'Aveyron*, realizada según los más estrictos criterios linneanos.

positiva hacia la recuperación de las facultades intelectuales e insiste en la importancia que el estudio del niño salvaje tendría para el conocimiento de la primitiva constitución del ser humano.

La Société des Observateurs de l'Homme, por mediación de su secretario Louis-François Jauffret, solicitó rápidamente la presencia del niño en París reclamando que, en aras del progreso de los conocimientos humanos, «un observador pleno de celo y de buena fe pudiera, apoderándose del muchacho y retrasando su proceso de civilización, controlar el conjunto de sus ideas adquiridas, estudiar el modo en que las expresa y ver si la condición humana, abandonada a sí misma, es contraria por completo al desarrollo de la inteligencia».

Como puede verse, el planteamiento es impecable y resume perfectamente lo que será el eje de la discusión que se mantendrá sobre el caso. Philippe Pinel (1745-1826), desde Bicêtre, y Jean Itard, desde la Escuela para sordomudos, respondieron al requerimiento de la Société, manteniendo posturas encontradas que merece la pena reseñar brevemente.

Las observaciones de Pinel se basan fundamentalmente en la comparación del joven salvaje con los idiotas internados en Bicêtre, encontrando «numerosas características comunes a muchos muchachos cuyas funciones sensoriales o cuyas facultades mentales están más o menos lesionadas y que están condenados a vegetar tristemente en nuestros hospicios porque no pueden recibir ninguna educación»⁹. Consta Pinel las dificultades de coordinación entre el sentido de la vista y del tacto, la ausencia de lenguaje y deficiencias de desarrollo intelectual que le llevan a afirmar que «el muchacho de l'Aveyron debe ser considerado similar a los muchachos o a los adultos enfermos de idiotismo o de demencia»¹⁰.

En cuanto a las causas de su estado, ante la falta de información sobre los antecedentes familiares y personales, Pinel supone, por vía analógica, que «excluyendo en este caso una complicación epiléptica o un vicio raquíico», el idiotismo pudo deberse a «1) un vivo terror, sentido por la madre durante la gravidez o el parto; 2) un terror de las convulsiones sobrevenidas en la edad infantil tras enfermedades verminosas; 3) la obra penosa y borrascosa de la primera o de la segunda dentición».

⁹ El texto de Pinel, difícil de encontrar, fue publicado por primera vez por HERVÉ, «Le sauvage de l'Aveyron devant les observateurs de l'Homme», *Revue Anthropologique*, XXI (1911). Existe una versión castellana editada por Augusto MONTANARI, donde se reproduce este texto de Pinel y el primer informe de Itard. Cf. *El salvaje del Aveyron: psiquiatría y pedagogía en el Iluminismo tardío* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1978), pp. 25-42. Se cita por esta última edición.

¹⁰ *Ibid.*, p. 41.

«Nada puede ayudarnos a determinar» —prosigue Pinel— «cual de estas tres causas pudo actuar sobre el muchacho de l'Aveyron e inflingir un golpe tan grave a sus facultades mentales»¹¹.

En definitiva, para Pinel, el niño estudiado, fue abandonado porque era idiota y no al revés, reconociendo, eso sí, que el aislamiento e inco-municación a la que el niño estuvo sometido durante años le obligaron a llevar una vida instintiva puramente animal, «ocupado solamente en la búsqueda de los medios necesarios para su alimentación así como a escapar de los peligros que lo amenazaban». La conclusión del informe de Pinel, presentado ante la Société des Observateurs de l'Homme, es tajante: el niño encontrado en l'Aveyron era un idiota incurable, no pudiéndose albergar ninguna esperanza fundada de éxito con una instrucción sistemática y extensa.

La tesis de Pinel, profundamente organicista, fue refutada en algunos artículos anónimos de la *Décade Philosophique*, verdadero órgano de expresión de la *ideologie*, donde el caso del *sauvage* de l'Aveyron fue tratado en diversas ocasiones. En sus páginas se disertó sobre el verdadero significado del llamado «hombre en estado natural» y se insistió en el papel que la sociedad juega en el desarrollo del ser humano, advirtiendo de la obligación social y moral de educar al niño, al que debía considerársele como

un individuo que ha sufrido una privación no menos importante que la de sus órganos: la privación de las circunstancias externas que debían determinar su desarrollo. Y si llegamos a demostrar lo que hasta ahora es incierto, es decir que el Salvaje vivió siempre en el bosque, que no es ni imbécil, ni mudo, ni sordo, entonces obtendremos de esta experiencia un único resultado: no busquemos en ella otra cosa que una nueva y espléndida prueba de la gran verdad de que *el hombre ha sido hecho por la sociedad*; no veamos en ella otra cosa que un nuevo motivo para dedicarnos sin reservas al bien de la sociedad a la que le debemos todo lo que somos¹².

Sin duda, la opinión creada en torno a la *Décade Philosophique* debió facilitar que el muchacho, trasladado a la Escuela para sordomudos de París, fuese encomendado al otólogo Jean Itard, discípulo de Sicard —director de la Escuela— y del propio Pinel. Itard puso todo su empeño en demostrar que las aparentes limitaciones intelectuales de su pupilo se debían a la falta de afecto con que había crecido y a que el desarrollo de su inteligencia se había visto circunscrito al «reducido acervo de sus

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Décade Philosophique*, 7 (an IX, 1801), pp. 8-18, p. 18.

necesidades más primarias, permaneciendo ajena a todas las ideas simples o complejas que recibimos por la educación y que sólo por obra y gracia del lenguaje podemos combinar de mil maneras en nuestro entendimiento»¹³.

La creencia en las posibilidades de recuperación del intelecto mediante la educación es, obviamente, el elemento clave que diferencia y enfrenta las posiciones médicas ante la deficiencia mental. El propio Itard da cuenta de su desacuerdo con Pinel, explicando que:

remitiéndose a numerosos historiales del archivo de Bicêtre, sobre los casos de idiotas incurables, el ciudadano Pinel estableció un paralelo riguroso entre el estado del niño bravío de l'Aveyron y el cuadro clínico de aquellos infelices, de lo cual se infería necesariamente la identidad más absoluta entre ambos términos y en consecuencia era obligado concluir que, aquejado de una enfermedad considerada hoy como incurable, nuestro niño no había de ser jamás capaz de sociabilidad ni aprendizaje alguno. No otra, en efecto, fue la conclusión que el ciudadano Pinel vino explícitamente a sacar como congruente resultado de sus observaciones, sin menoscabo de expresar no obstante, aquella última reserva de duda filosófica tan concurrente en todos sus escritos, a la que quien como él quiera preciar de conocer la ciencia del pronóstico —todo el juego azaroso de sus cálculos, la incertidumbre de sus conjeturas— dejará siempre la última palabra. Por mi parte, a pesar de la total veracidad del cuadro y de la irreprochable exactitud del paralelo establecido, me resistí a compartir semejante conclusión y me atreví a dar aliento a la esperanza¹⁴.

Aunque, hijo de su tiempo, considera Itard que no es en el hombre primitivo aun no contaminado por la civilización —el mito del «buen salvaje»¹⁵— donde hay que buscar el hombre el «estado natural». «En la horda más salvaje» —escribe— «o en la nación europea más civilizada, el hombre sólo es aquello que se le hace ser. El hombre, necesariamente instruido por sus semejantes, ha contraído hábitos y necesidades; sus ideas no le

¹³ La obra de Itard sobre este tema consta de dos publicaciones, J. M. G. ITARD, *De l'éducation d'un homme sauvage ou des premiers développements physiques et moraux du jeune sauvage de l'Aveyron* (Paris: Goujon, 1801) y J. M. G. ITARD, *Rapport fait à S.E. le ministre de l'Intérieur sur les nombreux développements et l'état actuel du sauvage de l'Aveyron* (Paris: Imprimerie Impériale, 1807). Ambos escritos fueron editados juntos en 1894 bajo el título *Rapports et mémoires sur le sauvage de l'Aveyron. L'idiotie et la surdi-mutité* (Paris: F. Alcan, 1894), con prólogos de Delasiauve y de Bouneville. En lo sucesivo se cita por esta edición.

¹⁴ ITARD [1801] (1894), *op. cit.*, p. 8.

¹⁵ Como es sabido, para Rousseau, el «buen salvaje» es inteligente, generoso y «marcha con los dos pies». Cf. J. J. ROUSSEAU, *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes* (Paris, 1754). Reeditado por Garnier en 1962; véanse pp. 94-96.

pertenecen; goza de la prerrogativa más bella de su especie: la capacidad de desarrollar su intelecto mediante la fuerza de la imitación y la influencia de la sociedad»¹⁶.

EL APÓSTOL DE CONDILLAC ANTE EL *HOMO FERUS*

El niño encontrado en la región del Aveyron sí reunía las características de un ser humano modificado únicamente por las circunstancias físicas externas y no por las de orden moral, al no haberse visto sometido nunca a los efectos de una transformación basada en el lenguaje y en la influencia de las instituciones sociales. En palabras de Itard, el hombre «realmente salvaje es aquel que no debe nada a sus semejantes». Claro es que este particular tipo humano tan sólo era posible deducirlo a partir de casos particulares, de las observaciones de un pequeño número de individuos que fueron encontrados, en épocas diversas, viviendo en forma aislada, en bosques donde habían sido abandonados desde su infancia. Precisamente, la identificación de estos individuos particulares motivó la diferenciación por Linneo (1707-1778) de una variedad de la especie humana a la que denominó *homo ferus*.

La descripción y tipificación más o menos minuciosa de estos niños selváticos constituye una innegable tradición de la Historia Natural ilustrada. Itard cita expresamente el *Systema Naturae* de Linneo, explicando que el naturalista sueco identifica en su obra a diez de estos niños y «los considera como ejemplares de una particular variedad de la especie humana»¹⁷. Es de destacar que en la décima edición de dicha obra, publicada en 1758, Linneo agrupa solo siete casos, indicando que el primero del que se tuvo noticia fue el *juvenis lupinus bessensis*, descubierto nada menos que en 1344¹⁸. En la decimotercera edición, la de 1788, se incorporan a la lista otros tres casos más: el *juvenis bovinus barbergensis*, la *puella transilvana* y la *puella campanica*¹⁹. Parece obvio que Itard consultó esta última edición. Seguidor de Linneo, Pierre Joseph Bonnaterre, el naturalista que, como hemos visto, realizó la primera observación del niño de l'Aveyron, propuso para él la denominación de *juvenis aveyronensis*²⁰.

¹⁶ ITARD [1801] (1891), *op. cit.*, p. 1.

¹⁷ *Ibid.*, p. 2.

¹⁸ C. VON LINNÉ, *Systema Naturae* (Estocolmo: Laurentii Salvii, 1758), t. I, p. 20.

¹⁹ C. VON LINNÉ, *Systema Naturae* (Leipzig: George Immanuel Beer, 1788), t. I, p. 21.

²⁰ En su *Notice historique...* (ver n. 8), aporta, además, el caso de la *puella karpfensis*, encontrada en 1767 que no había sido registrada por Linneo. Algunos autores

Itard evita conscientemente el establecimiento de paralelismos mecánicos y la aplicación de los principios de clasificación botánica a los seres humanos. Desconfía de la “ciencia de gabinete” por la incertidumbre de sus hipótesis y propugna la observación minuciosa de los casos que pudieran presentarse, así como su individualización con el fin de diseñar programas pedagógicos específicos que persigan la socialización de estos individuos. En su proyecto de trabajo, asegura que su intención al estudiar e intentar educar a Victor —nombre con que bautiza al *sauvage*— no es otro que «establecer cuál sería su grado de inteligencia y cuál la naturaleza de las ideas de un adolescente que, excluido desde su infancia de toda educación, hubiese vivido totalmente aislado respecto a otros individuos de su especie»²¹.

Sus dos tesis fundamentales, presentes en todo su trabajo son, en primer lugar, que todo proceso de educación ha de estar regido por los principios de la medicina moderna y de las ciencias naturales. La influencia del sensualismo es, en este sentido, muy evidente al desarrollar todo un discurso que niega reiteradamente la autonomía entre las ideas y los sentimientos que se pretenden estimular y las cualidades físicas (sensibilidad, percepciones sensoriales, etc.) que constituyen su substrato. Tampoco pueden olvidarse, en este sentido, innegables reminiscencias lamarckianas, sobre todo en lo referente al papel de la motivación, de la satisfacción de las necesidades en el desarrollo de los órganos corporales, de ahí la estrategia de Itard de idear estímulos que ampliasen el abanico de necesidades que Victor debía satisfacer²².

En segundo lugar, la discusión sobre las causas del retraso de Victor de l'Aveyron, íntimamente relacionada con su posible pronóstico, es como hemos visto el eje de la discusión con Pinel y con el alienismo ortodoxo. La premisa básica de Itard, permítaseme la insistencia, es que la superior-

han atribuido dicha denominación al propio Linneo sin percatarse de que el naturalista sueco murió antes del descubrimiento y captura del muchacho de l'Aveyron. Cf. A. PORCHER, «Itard», *Revue Générale de l'Enseignement des sourds-muets* (1838), junio, pp. 113-124; julio-septiembre, pp. 129-132; octubre, pp. 1-6.

²¹ *Ibid.*, p. 9.

²² Esta influencia de Lamarck (1744-1829) ha sido apuntada con acierto por H. CARPINTERO y M. V. DEL BARRIO, “Notas sobre las interpretaciones históricas del retraso mental”, *Análisis y Modificación de Conducta*, 5 (1979), pp. 337-348, p. 340. Sobre este naturalista francés existe una amplísima bibliografía de entre la que destacaré el reciente *dossier* monográfico publicado por la revista *Asclepio* y coordinado por Andrés Galera, en especial los trabajos de F. CORDÓN, «El pensamiento de Lamarck en su contexto histórico», *Asclepio*, 48 (1) (1996), pp. 231-247; y G. LAURENT, «La biologie de Lamarck», *Asclepio*, 48 (1) (1996), pp. 249-272.

ridad moral del hombre respecto de los animales no tiene que ver con su naturaleza biológica sino con los resultados de la civilización y la cultura. De ahí que una suerte de «terapia moral» fuera aplicada al joven intentando cubrir cinco objetivos concretos:

- 1) Vincularlo a la vida social, haciéndosela más dulce que lo que había conocido y, sobre todo, más similar a la que había abandonado.
- 2) Despertar la sensibilidad nerviosa mediante los estimulantes más enérgicos y provocar de vez en cuando los efectos más vivaces del espíritu.
- 3) Ampliar su campo de ideas suscitándole nuevas necesidades y multiplicando sus relaciones con los seres que lo rodeaban.
- 4) Inducirlo al uso de la palabra determinando el ejercicio de imitación a través de la imperiosa ley de la necesidad.
- 5) Ejercitar, durante algún tiempo, las operaciones más simples del espíritu sobre los objetos de sus necesidades físicas, ampliando luego la aplicación sobre objetos que pudieran instruirlo ²³.

No es mi intención hacer un análisis pormenorizado de las técnicas empleadas por Itard, ni de la larga y pintoresca historia de socialización de Victor de L'Aveyron, pero sí, dados los objetivos de este ensayo, desarrollar, brevemente, los principios básicos que rigieron la experiencia. Convencido de la naturaleza social del ser humano, Itard comienza afirmando que

El hombre es arrojado sobre la tierra sin fuerzas físicas y sin ideas innatas, incapacitado para obedecer por sí sólo las leyes constitucionales de su estructura orgánica que lo ubican en el primer puesto en el sistema de los seres; por lo tanto, sólo en el seno de la sociedad puede encontrar el nivel eminente que le ha sido asignado en la naturaleza. Sin la civilización sería uno de los animales más débiles y menos inteligentes ²⁴.

La influencia del sensualismo, y de sus autores más paradigmáticos como Locke (1632-1704) y Condillac, es más que evidente. Merece la pena destacar que John Locke, a través fundamentalmente de su *An essay concerning human understanding* (1690), es tenido por el precursor de las ciencias modernas de la conducta —incluidas la psicología, la sociología y la antropología cultural— que subrayan la relación entre el medio condicionante y los pensamientos y las acciones humanas ²⁵. Su enorme

²³ ITARD [1801] (1894), *op. cit.*, p. 12.

²⁴ *Ibid.*, p. 1.

²⁵ Véase, por ejemplo, M. HARRIS, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura* (Madrid: Siglo XXI, 1978), p. 9. Original en inglés de 1968.

influencia en el pensamiento ilustrado está fuera de toda duda, hasta el punto de haberse afirmado que «su relación con el siglo XVIII fue similar a la que Freud y Marx guardan con nosotros»²⁶. Especial interés, para el tema que nos ocupa, tiene la metáfora del «gabinete vacío» que Locke utiliza para mostrar su opinión de que la mente humana, en el momento del nacimiento esta «vacía», de modo que, aunque existan potencialidades específicamente humanas, las ideas innatas no existen²⁷. Como es sabido, Locke atribuye el conocimiento humano a las percepciones transmitidas a través de la «impresiones de los sentidos».

Supongamos [escribe] que la mente es, como si dijéramos, un papel en blanco, sin ninguna letra, sin ninguna idea. ¿Cómo llega a tenerlas? ¿De dónde procede esa vasta provisión con la que la bulliciosa e inagotable fantasía del hombre la ha pintado con una variedad casi infinita? ¿De dónde ha recibido todos los materiales de la razón y del conocimiento? A esto respondo con una sola palabra: la de la experiencia. En ella se funda todo nuestro conocimiento, de ella deriva²⁸.

Este «gabinete vacío», esta «hoja en blanco» es, en cierto modo, superponible al símil de la estatua de Condillac, una estatua cuyo conocimiento de la realidad se efectúa a través de los sentidos que, poco a poco, se van animando por acción de estímulos externos. Pero las sensaciones, por sí mismas, no llegan a constituir una idea, siendo necesario que dichas sensaciones se vinculen entre sí mediante signos y símbolos; de esta manera, siendo la sensación el principio de todo conocimiento, en una etapa más elevada del proceso cognoscitivo se hace precisa la elaboración de un lenguaje²⁹. En definitiva, para el filósofo francés, toda noción intelectual superior es la resultante de un conjunto de nociones o ideas simples, esto es, de las sensaciones, de modo tal que las facultades superiores, incluso las más abstractas, no son más que las transformaciones de sensaciones originarias.

La profesión de fe sensualista de Itard impregna sobradamente toda su obra y llega a constituir un auténtico prejuicio que acabará volviéndose en su contra. Para Itard, sus observaciones y sus primeros resultados

²⁶ J. HART, *Political writers of eighteenth century England* (N. York: Knopf, 1964), p. 6.

²⁷ J. LOCKE, *An essay concerning human understanding* (Oxford: Clarendon Press, 1894), t. I, p. 48 (el original es de 1690). Sobre la deficiencia mental en Locke, es imprescindible C. F. GOODEY, «John Locke's idiots in the natural history of mind», *History of Psychiatry*, 5 (1994), pp. 215-250.

²⁸ *Ibid.*, p. 122.

²⁹ Véase E. ARQUIOLA y L. MONTIEL, *La corona de las ciencias naturales. La medicina en el tránsito del siglo XVIII al XIX* (Madrid: CSIC, 1993), pp. 57 y ss.

no hacen sino aportar la prueba material de «aquellas verdades que Locke y Condillac no descubrieron sino gracias a la fuerza de su ingenio y a la profundidad de sus reflexiones»³⁰. Tal es, como en su día indicó Rafael Sánchez Ferlosio, «el triste papel reservado a la experiencia; no aportar por sí misma la materia y el atisbo de los conocimientos, sino ratificar con su voto los asertos doctrinarios»³¹.

El optimismo de Itard en las conclusiones de su primer informe es patente, cuando asegura que:

el muchacho conocido bajo el nombre de “salvaje de l’Aveyron” se halla dotado del libre ejercicio de todos sus sentidos, da prueba constante de atención, de retentiva y de memoria, de que es capaz de comparar, discernir y razonar y, finalmente, capaz de proyectar todas las facultades de su entendimiento a los objetos del aprendizaje³².

Optimismo que se trueca en desánimo al reconocer, al final de su segundo informe, que «a consecuencia de la nulidad casi absoluta de los órganos de la audición y la palabra la educación del joven es todavía incompleta y ha de permanecerlo para siempre»³³, indicando, además que el desarrollo de sus facultades intelectuales se preveía largo y penoso.

Con una honradez científica digna de resaltar, Itard acepta su fracaso, aunque señala algunos avances como el hecho de que «el perfeccionamiento de la vista y del tacto, así como los nuevos placeres del gusto, al multiplicar sus sensaciones»³⁴, contribuyeran a cierto desarrollo de sus facultades intelectuales. En cualquier caso, aunque el pequeño Victor llegó a adoptar unas mínimas actitudes de sociabilidad, lo cierto es que nunca llegó a hablar³⁵.

Pero su sensualismo acérrimo no se traduce exclusivamente en el intento acrítico de demostrar a toda costa la hipótesis de partida; de hecho su claudicación final, rindiéndose a la evidencia, suaviza y, en cierto modo, disculpa su obcecación. No, la verdadera limitación de Itard fue el corsé metodológico que el sensualismo condillacquiano le imponía y del que, en ningún momento, fue capaz de salir. Todavía en su segundo informe insiste en que

³⁰ ITARD [1801] (1894), *op. cit.*, p. 48.

³¹ SÁNCHEZ FERLOSIO (1982), *op. cit.*, p. 348.

³² ITARD [1801] (1894), *op. cit.*, p. 47.

³³ *Ibid.*, p. 105.

³⁴ *Ibidem.*

³⁵ Algunos autores han apuntado la posibilidad de que fuera un psicótico o un autista. Véase C. COBO, *Paidopsiquiatría dinámica* (Madrid: Roche, 1983).

A los trabajos de Locke y Condillac debemos el haber sabido estimar la poderosa influencia que la acción separada o simultánea de los sentidos tiene sobre la formación y en desarrollo de la idea. El abuso que haya podido hacerse de tal descubrimiento no disminuye su veracidad ni sus posibilidades prácticas de aplicación en un sistema de educación médica. Sobre la base de estos principios fue como, una vez cumplidos los puntos principales que me había prefijado anteriormente, dirigí yo todos mis cuidados a ejercitar y a desarrollar por separado los órganos sensoriales del joven Victor ³⁶.

Principios doctrinales y metodológicos que, añadidos a su experiencia con niños sordomudos, explican las técnicas con las que Itard pretendió estimular los sentidos de su paciente. Técnicas, cuya escasa efectividad era perfectamente lógica para los que, como Esquirol (1772-1840), pensaban que se trataba de un idiota sin excesivas deficiencias sensoriales.

EL PEQUEÑO *SAUVAGE* Y EL ALIENISMO FRANCÉS: LA CONSTRUCCIÓN DE UN MITO FUNDACIONAL

Esquirol, contemporáneo de Itard y representante máximo de la ortodoxia pineliana, se refiere al *sauvage* en su ensayo sobre la idiocia, en dos ocasiones. En primer lugar, para indicar que las ideas que el hombre adquiere a través de los sentidos pueden faltar en los ciegos o en los sordomudos, individuos éstos en los que la inteligencia «no está dañada», y susceptible, por tanto, de ser estimulada por métodos diversos; mientras que «incapaces de atención, los idiotas no pueden dirigir sus sentidos» ³⁷. No sin cierta ironía, Esquirol asegura que «es imposible leer nada más interesante que los informes del doctor Itard, sobre los cuidados admirables que nuestro colega prodigó a este idiota para devolverle su inteligencia» ³⁸.

En segundo lugar, y como consecuencia de la anterior reflexión, Esquirol aborda el problema en sentido amplio, generalizando a partir del caso concreto y preguntándose sobre la existencia real de los hombres salvajes. La respuesta es tajante: los infortunados encontrados en los bosques «no eran salvajes, eran idiotas, imbéciles abandonados o fugitivos que el instinto de conservación y mil circunstancias han preservado de la muerte» ³⁹. Seguidor de su maestro Pinel, insistirá en que el llamado *sauvage*

³⁶ ITARD [1897] (1894), *op. cit.*, p. 62.

³⁷ E. J. D. ESQUIROL, *Des maladies mentales considérées sous les rapports médical, hygiénique et médico-legal* (Paris: Chez-Baillière, 1838), t. II, p. 333.

³⁸ *Ibid.*, p. 373.

³⁹ *Ibid.*, p. 372.

de l'Aveyron, como el resto de individuos encontrados en circunstancias similares eran ya idiotas cuando «una madre culpable o una familia en la miseria» los abandonó.

Finalmente, critica con dureza la elocuencia de los filósofos del siglo anterior que llamaron la atención del mundo civilizado al mostrar con afectación hombres «perfectos», no contaminados por la dedicación ni la cultura, que eran, simplemente, idiotas incurables.

Es importante advertir que las críticas de Esquirol a la labor de Itard se circunscriben al caso del *sauvage* exclusivamente, reconociendo, en otras ocasiones, la valía de su trabajo. Tras la muerte de Itard, su discípulo Edouard Seguin (1812-1880), siguió tratando a un joven idiota del Hospicio de Incurables, acerca del cual Esquirol reconoció que «en dieciocho meses, el señor Seguin ha enseñado a su alumno a valerse de sus sentidos, recordar, comparar, hablar, escribir, contar, etc. Esta educación fue impartida por Seguin de acuerdo con el método del difunto Itard, cuyas inspiraciones había recibido».

No todo, pues, fueron fracasos en la labor de Itard y su prestigio como especialista en niños sordomudos y deficientes no se vio excesivamente empañado por la polémica suscitada a propósito del niño de l'Aveyron. El desacuerdo entre Itard y los alienistas estribaba, como estamos viendo, no tanto en el método médico-pedagógico que empleó, ni en los denodados esfuerzos por cuidar al muchacho, sino en el diagnóstico. Si Itard hubiera aceptado que se trataba de un idiota y no hubiera esperado mejores resultados que los habitualmente obtenidos con este tipo de sujetos, la trascendencia del caso, a pesar de la curiosidad suscitada, hubiera sido mucho menor.

En parecida línea de pensamiento se situarán, aunque con matices importantes, los representantes de la importante corriente médico-pedagógica que, iniciada en autores como J. P. Falret (1794-1870), G. M. A. Ferrus (1784-1861) o F. Voisin (1794-1872), constituye el germen de la reflexión médica sobre los niños con alteraciones psíquicas y el papel de la llamada educación especial. Corriente médico-pedagógica que está en el origen de la paidopsiquiatría y que tiene, como peculiaridad propia, su renuncia expresa —o su enfrentamiento— al programa médico-filosófico que, inspirado directamente en la *ideologie*, dominó la medicina de la primera mitad del siglo XIX.

En las primeras páginas de su *De l'idiotie chez les enfants* (1843)⁴⁰, Voisin indica que su objetivo no es sólo conocer la idiocia sino «exponer

⁴⁰ F. VOISIN, *De l'idiotie chez les enfants et des autres particularités d'intelligence ou de caractère qui nécessitent pour eux une instruction et une éducation spéciale. De leur responsabilité morale* (Paris: Chez Baillière, 1843)

los principios y métodos específicos para modificar la constitución instintiva, intelectual, moral y perceptiva de los niños que tienen la desgracia de ser deficientes»⁴¹.

Pero más que estudiar las técnicas de «examen psicológico del entendimiento humano en los idiotas» o los principios de «educación especial» propugnados por Voisin, me interesa centrar mi análisis en la «filosofía» o, por mejor decir, en el discurso «anti-filosófico» sustentador de todo su posterior desarrollo doctrinal. La crítica a la *ideologie* es, sin ninguna duda, una de las características definitorias del trabajo de los primeros paidopsiquiatras.

Se sabe [escribe Voisin] cuánto, bajo diferentes puntos de vista han errado los ideólogos de comienzos de siglo. Haciendo abstracción del estado más o menos defectuoso del cerebro, creían exclusivamente con Locke y Condillac, que todo entra en el espíritu por la puerta de los sentidos, han querido aplicar su doctrina a los idiotas, han querido animar esas estatuas vivientes y no lo han logrado⁴².

Basándose en el fracaso de Itard, intenta demostrar la incapacidad del sensualismo para abordar este tipo de problemas, manifestando que con los estímulos exteriores que se aplicaban al «pretendido salvaje de l'Aveyron (...) que no era más que un idiota», no se obtenían resultados ya que con ellos no se podía restablecer la «vida moral que no había recibido»⁴³. Por el contrario, Voisin indica que

Hoy la ciencia está más avanzada, las fuerzas primitivas y fundamentales de la economía son puestas en primera línea; se evita despreciar las impresiones sensoriales, pero se estudia y se tiene en cuenta el grado de inteligencia del sujeto, se observan sus manifestaciones, se ve cuales son sus inclinaciones, débiles o dominantes, y se toma nota de sus expresiones sentimentales, se averiguan sus facultades industriales o artísticas; se hace, me atrevo a decirlo así, la vuelta a su constitución, se señalan los puntos atacables y se toman entonces en el mundo exterior las palancas que elevan y remueven en nuestro idiota alguna cosa⁴⁴.

Esta corriente de pensamiento médico-pedagógica irá afianzándose poco a poco, pero la obligada alusión a Itard empieza a matizarse y, sobre todo,

⁴¹ VOISIN [1843] (1891), *op. cit.*, p. 255. La cita está tomada del *Recueil de mémoires, notes et observations sur d'idiotie* (Paris: Lecrosnier et Babé, 1891), t. I. editado por Bourneville. En lo sucesivo, salvo si se indica lo contrario, se citará por esta edición, indicando el autor y el año de la publicación original.

⁴² VOISIN [1843] (1891), *op. cit.*, p. 271.

⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴ *Ibid*, p. 272.

a capitalizarse en pro de unos claros objetivos legitimadores de la medicina pedagógica para deficientes mentales. La visión de Itard como un idealista empeñado en una misión imposible que le llevó a enfrentarse con el maestro Pinel se irá transformando rápidamente, llegándosele a considerar «el promotor de la educación de los idiotas»⁴⁵.

El análisis y los comentarios de la obra de Itard se desarrollan, a partir de este momento sobre dos ejes bien diferenciados, aunque complementarios. Por un lado, se deja claro que Itard se equivocó en su hipótesis y en los principios metodológicos que guiaron su trabajo y que Victor de l'Aveyron era, según palabras de L. J. F. Delasiauve (1804-1893), «lo que por su naturaleza tenía que ser»⁴⁶, es decir un idiota a cuyo déficit intelectual congénito había que añadir las consecuencias de su aislamiento. Esta doble hipótesis de retraso congénito y adquirido fue sugerida por D. M. Bourneville (1840-1909) cuando expresa, refiriéndose al caso que nos ocupa, «la necesidad de luchar no sólo contra las lesiones cerebrales que habrían llegado a producir el estancamiento de su desarrollo, sino también contra las costumbres adquiridas en la vida silvestre»⁴⁷.

Una etiología congénita y somática es, pues, aceptada sin reservas por los primeros especialistas en niños deficientes; la diferencia fundamental, en relación con los primeros alienistas es la voluntad de intervenir, a través de medidas médicas y pedagógicas, en el pronóstico de sus pacientes. De ahí que, por otro lado, una segunda característica de las revisiones del trabajo de Itard sea su valoración positiva por haber conseguido una cierta mejora de la aptitudes individuales y sociales de su pupilo. Es este un aspecto importante a tener en cuenta porque la que hemos llamado corriente «médico-pedagógica» jamás puso en tela de juicio el paradigma alienista vigente, de modo que su pretensión, científica y filantrópica a la vez, consistió en mejorar la condición de unos desgraciados cuya pobreza intelectual les situaba fuera de toda actividad social o productiva.

Un primer ejemplo de esta actitud puede encontrarse en el «Éloge Historique de M. Itard», discurso pronunciado por A. Bousquet, el 1 de diciembre de 1839, en sesión pública celebrada en honor de Itard —muerto en 1838— en la Academia de Medicina. En su intervención, Bousquet, además de resaltar las aportaciones de su colega a la otología, hace alusión a sus intentos pedagógicos con Victor de l'Aveyron; el tono panegí-

⁴⁵ D. M. BOURNEVILLE, «Preface», J. ITARD, *Rapports et mémoires sur le sauvage de l'Aveyron* (Paris: Alcan, 1894), p. X.

⁴⁶ L. J. F. DELASIAUVE, «Appréciation des rapports d'Itard sur le Sauvage de l'Aveyron», J. ITARD, (1894), *op. cit.*, pp. XXVIII-XLVII, p. XLV.

⁴⁷ BOURNEVILLE (1894), *op. cit.*, p. IX.

rico del discurso no impide señalar el fracaso del homenajeado al indicar que «si lo único que le ha faltado es el poder del ejemplo para romper las ataduras que tenían a su razón encadenada, está claro que nada podría evitar que emprendiera el vuelo una vez que respirase el aire de la civilización»⁴⁸, lo cual permite deducir que la hipótesis de partida de Itard no era correcta y que, a pesar de la aparente organización de sus facultades sensoriales, debe primar el argumento de Esquirol cuando concluye que el pequeño Victor era tan solo un idiota fugitivo o abandonado por unos padres desnaturalizados⁴⁹. No por ello deja de reconocer el gran mérito de Itard al asegurar que «instruir a un niño cuyas facultades están indolentes forma parte de la educación ordinaria; pero enseñar a un idiota, convertir un ser insociable y repugnante en un ser obediente y soportable, es una victoria sobre la naturaleza, ¡es casi una creación!»⁵⁰.

El reconocimiento a los esfuerzos de Itard es patente en casi todos los que, de un modo u otro, revisan su trabajo. El ya citado Delasiauve, uno de los más importantes pioneros del tratamiento pedagógico de los deficientes en la Francia de mediados del XIX, llevó a cabo un pormenorizado análisis de los informes de Itard sobre el *sauvage* de l'Aveyron, indicando las dificultades con las que hubo de enfrentarse dado que los antecedentes y las características del muchacho constituían «un enigma [...] un extraño misterio», pero reconociendo los logros parciales que se habían conseguido y comparando sus resultados por los obtenidos en su clínica: «Entre nuestros niños defectuosos en diversos grados, muchos evolucionan como Victor, jamás aprenden a hablar aunque en ningún momento hayan tenido falta del estímulo necesario, doméstico y social»⁵¹. Censura la excesiva protección que se había dispensado al joven Victor y asegura que si en lugar de haberse basado en «lecciones abstractas y dispersas» hubiera recurrido a la emulación y a la rivalidad, «que estimulan a los idiotas lo mismo que a los niños normales»⁵², habría conseguido resultados más satisfactorios.

Es lógico que en la misma época en la que la teoría de la degeneración irrumpía con fuerza en el alienismo, con todo su correlato de somatización y pesimismo terapéutico, los especialistas en niños deficientes necesitaran argumentos de legitimación, ante sus propios colegas mé-

⁴⁸ A. BOUSQUET, «Éloge historique de M. Itard», *Mémoires de l'Académie de Médecine*, 8 (1840), pp. 1 y ss. Reproducido en IARD (1894), *op. cit.*, pp. XI-XXVIII, p. XV.

⁴⁹ *Ibid.*, p. XVII.

⁵⁰ *Ibid.*, p. XVI.

⁵¹ DELASIAUVE (1894), *op. cit.*, pp. XLIV-XLV.

⁵² *Ibid.*, p. XLVI.

dicos y ante la sociedad, que les permitieran realizar una oferta de asistencia desde sus clínicas y establecimientos ortofrénicos. Razones de tipo profesional debieron influir también en la reivindicación de Itard y en la construcción, en torno al pequeño *sauvage*, de una especie de mito fundacional de la mencionada corriente médico-pedagógica.

Años más tarde, Itard seguirá siendo citado, unas veces con verdadera devoción, otras como inexcusable referencia a los orígenes, por médicos, pedagogos y paidopsiquiatras. Edouard Seguin (1812-1880), uno de los introductores de la educación especial en el Este de los Estados Unidos y discípulo directo del otólogo francés, difundió y actualizó los métodos fisio-pedagógicos de su maestro⁵³. María Montessori (1870-1952) demostró su interés, ya en 1926, por el caso de Victor de l'Aveyron y la pedagogía de Itard⁵⁴, e, incluso desde el psicoanálisis se llegó a apuntar en alguna ocasión las posibilidades que éste hubiera tenido con Victor de l'Aveyron⁵⁵. El conductismo llegó aún más lejos, al considerar los recursos empleados por Itard como propios de la psicología de la modificación de conducta⁵⁶.

Todavía en los años cuarenta de este siglo se suscitó un debate sobre los niños selváticos en el que muchos de los tópicos manejados en el siglo anterior se reprodujeron con bastante fidelidad. Mientras algunos autores explicaron el comportamiento de los *homines feri* en función de su oligofrénia congénita⁵⁷, otros mantuvieron el aislamiento como única razón de sus dificultades de socialización, negando el déficit mental pri-

⁵³ Sobre todo a través de su obra E. SEGUIN, *Traitement moral, hygiène et éducation des idiots* (Paris: Baillière, 1846). Seguin emigró a Estados Unidos en 1850, donde se estableció y llegó a ser fundador, en 1876, y primer presidente, de la Association of Medical Officers of American Institutions for Idiots and Feeble Minded Persons. Para la etapa francesa de este autor, es de interés J. MARTIN, *Une biographie Française (1812-1859) d'Onésime Edouard Séguin, premier thérapeute des enfants arriérés, d'après ses écrits et les documents historiques* (Tesis de Medicina, Saint-Antoine, París, 1981). Sobre el particular podrá verse R. HUERTAS, "Sobre los orígenes de la psicopedagogía: desarrollos teóricos y primeros intentos de institucionalización", *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría* (en prensa).

⁵⁴ M. MONTESSORI, *Pédagogie scientifique* (Paris: Desclée de Brouver, 1958), pp. 24-29. El original en italiano es de 1926.

⁵⁵ O. MANNONI, «Itard et son sauvage», *Les Temps Modernes*, núm. 233 (1965), pp. 647-663.

⁵⁶ Véase M. S. CRISSEY, «Mental retardation, past, present and future», *American Psychology* (1975), pp. 800-808.

⁵⁷ W. DENNIS, «The signifiacnce of feral man», *American Journal of Psychology*, 54 (1941), pp. 425-432.

mario⁵⁸. Clara actualización, como se ve, de una vieja discusión que parece decantarse por la segunda postura, reconociéndose finalmente la importancia sociológica y antropológica de estos casos para la construcción de la noción del «hombre social»⁵⁹.

Todo ello se enmarca, como es obvio, en la reflexión sobre las relaciones entre lo biológico y lo social, debate importante en el que reduccionismos de todo tipo se han ido sucediendo a lo largo de los siglos sin que, en la actualidad exista consenso científico al respecto. Los animales heredan las capacidades necesarias para adaptarse al ambiente mediante funciones muy especializadas y experiencias específicas que permanecen invariables a lo largo de la vida. Por el contrario, la desespecialización y la amplia variabilidad de las funciones vitales humanas constituye una de las premisas naturales que permitió al género humano dar el paso del mundo de la naturaleza al mundo de la cultura, entendiendo ésta última como «naturaleza transformada». Dicho de otro modo, la ausencia de hábitos heredados innatos consolidados en la biología humana coloca en primer plano la experiencia individual —la capacidad de aprendizaje— y posibilita una amplia gama de interacciones con el medio. Asimismo, el hombre, al transformar activamente ese medio, crea condiciones que le permiten liberarse cada vez más de los mecanismos de selección natural, aumentando su potencialidad vital y su capacidad de supervivencia⁶⁰.

A la herencia biológica se le sumaría, pues, una herencia social; esto es, de conocimientos acumulados de generación en generación. De ahí, la relatividad del concepto de «salvaje», definido siempre desde presupuestos ahistóricos y prejuicios eurocéntricos y leucocéntricos, poco respetuosos con la diversidad étnica y cultural. Conceptos, valores y principios que se revisan cada cierto tiempo en función de las ideologías dominantes, tendentes en la actualidad a construir meritocracias basadas, entre otras co-

⁵⁸ R. M. ZINGG, «Reply to professor Dennis: 'The significance of feral man'», *American Journal of Psychology*, 54 (1941), pp. 432-435. Sin duda el estudio más completo que se hizo a propósito del tema que nos ocupa es el de R. M. ZINGG, «Feral man and extreme case of isolation», *American Journal of Psychology*, 53 (1940), pp. 487-517.

⁵⁹ Así lo mantienen, por ejemplo, E. D. CHAPPLE y C. S. COON, *Principles of Anthropology* (N. York: Henri Holt, 1942), pp. 63-64.; F. C. DOCKERAY, *Psychology* (N. York: Prentice Hall, 1942), pp. 82-83; K. YOUNG, *Sociology* (N. York: American Book C.º, 1942), pp. 5-8.

⁶⁰ Sobre la mediatización de lo biológico por lo social, aplicado al proceso salud-enfermedad, puede verse R. HUERTAS, «Las ciencias de la salud y el marxismo: sobre la construcción de una teoría de lo social en medicina», *Papeles de la FIM*, 5. 2.ª época (1996), pp. 35-44.

sas, en las aptitudes individuales frente a viejas y nuevas exigencias del orden social y, consecuentemente, en la supremacía de los individuos mejor dotados dentro de la misma especie humana y del sistema cultural hegemónico.

RAFAEL HUERTAS
Dpto. Historia de la Ciencia
Centro de Estudios Históricos
CSIC. Madrid.

El presente trabajo analiza los debates científicos y filosóficos suscitados en la Francia postrevolucionaria sobre el papel jugado, en el desarrollo intelectual del ser humano, por el proceso de socialización. Asimismo, se estudia de qué manera el debate sobre los niños selváticos y, concretamente, el caso de Victor de l'Aveyron, constituyó una especie de "mito fundacional" de disciplinas como la paidopsiquiatría o la psicopedagogía, al ser utilizado como justificación de los "orígenes" en los intentos de institucionalización de las mismas.

The author analyzes the scientific and philosophical debates in postrevolutionary France on the role played by the process of socialization in human intellectual development. In addition, he discusses the way in which the controversy on wild children —specifically on the case of Victor de l'Aveyron—, constituted a sort of "foundation myth" for such disciplines as paedopsychiatry or psychopedagogy. The case was used as justification of the "origins" of these disciplines in the attempts to institutionalize them.